

LETRAS

Letrillas

LETRONES

MUNDO EDITORIAL INOTICIA BOMBA!

Al llegar diciembre, las secciones de cultura de los periódicos se llenan de listas de “lo mejor del año”, “recomendaciones de nuestros críticos” y “sugerencias para regalar”: las editoriales apenas publican y no hay mucha noticia digna de tal nombre. Sin embargo, en 2010 se rompió esa tradición, y se resolvió uno de los misterios más intrigantes de la edición en español, “una adivinanza envuelta en un misterio dentro de un enigma”, que diría Churchill. Un enigma que compartía protagonista precisamente con muchas de esas listas, recomendaciones y sugerencias. Porque por fin se desvelaba el futuro a medio plazo de la editorial Anagrama, el sello literario que en gran medida ha definido el gusto lector del público español y latinoamericano en los últimos cuarenta años.

Todas las listas son arbitrarias, así que una lista de listas es la arbitrariedad al cuadrado. Pero sirvan para ilustrar el peso de Anagrama en el panorama literario tres ejemplos variopintos. La joven y prometedora librería bonaerense Eterna Cadencia, ahora también editorial, anuncia desde el corazón de Palermo Hollywood los 101 libros que más vendidos en el 2010. Nada menos que 23 son de Anagrama, incluyendo al primero, *Blanco nocturno*, de Piglia, y

al tercero, *Los detectives salvajes*, de Bolaño. Los atribulados críticos del suplemento español *Babelia* colocan el libro de Piglia, *Tiempo de vida*, de Marcos Giral, y *Correr*, de Jean Echenoz, entre los 20 mejores del año (aunque en la lista aparecen 29). Tres de Anagrama, a los que habría que sumar un porcentaje a gusto del lector de los de Enrique Vila-Matas (*Dublínca*, Seix Barral) y Félix de Azúa (*Autobiografía sin vida*, Mondadori), también presentes en la lista, y cuyas respectivas carreras literarias han tenido como marco principal, hasta tiempos recientes, esa editorial. Por su parte, el diario mexicano *La Razón* incluye a Jed Mercurio (*Un adúltero americano*), a Piglia, a Daniel Sada (*Ese modo que colma*), a Antonio Tabucchi (*El tiempo envejece deprisa*) y a Raymond Carver (*Principiantes*) entre los mejores 26 libros del año. Más otro porcentaje de Vila-Matas. Dos conclusiones saltan a la vista. Una lista de 101, otra de 26 y una de 20 en la que salen 29: esta gente es de letras. La segunda es que la amplia y variada presencia anagramesca no baja del 20 por ciento.

Y así estábamos cuando el 23 de diciembre una noticia bomba en forma de breve nota de prensa resumía en tres líneas el proyecto de continuidad de una trayectoria de cuarenta años (“En la Feria de Frankfurt de 2009 se llegó a un acuerdo verbal entre Carlo Feltrinelli y Jorge Herralde para una progresiva entrada de capital de

Giorgio Feltrinelli Editore, una de las editoriales independientes más importantes de Europa, en Editorial Anagrama”), para luego detallar los términos del acuerdo, según el cual en cinco años, Feltrinelli se hace con el control de Anagrama, y recoger la satisfacción de los abajofirmantes. Se cerraba una época de la edición independiente en España.

Una época ligada a la efervescencia cultural de la Barcelona de los sesenta, que culminó, editorialmente, con la fundación en 1969 de Anagrama y de Tusquets, la otra gran editorial literaria surgida de aquellos años (en la senda de Janés Editor, Seix Barral y la Lumen de Esther Tusquets). Los dos proyectos, inicialmente muy centrados en el ensayo, dieron paso a partir de los ochenta y de la normalización política del país a colecciones de narrativa internacional y en español que rápidamente se ganaron la confianza y el respeto de lectores, libreros y letraheridos a ambos lados del Atlántico. Un punto adicional que ambas comparten es la falta de un sucesor natural, un *hereu*, ya que ni Jorge Herralde ni Beatriz de Moura tienen descendencia. Así, el paso del tiempo, que les hizo pasar de jóvenes rebeldes a prósperos empresarios sin mancillar sus catálogos (gracias a no mancillar los catálogos, dirán ellos, con razón), ponía sobre la mesa de una manera cada vez más evidente la cuestión del futuro. Y la respuesta



Inge Feltrinelli con Jorge Herralde en el cuadragésimo aniversario de Anagrama.

Foto: Andrea Resmini/Anagrama

permanecía envuelta en un misterio dentro de un enigma.

Las empresas editoriales tienden a comenzar como proyectos personales. Su azarosa trayectoria y la evolución del capitalismo en las últimas décadas complican sobremanera su supervivencia al margen de conglomerados. Manuel Aguilar, el gran editor que fundó un auténtico emporio a ambos lados del océano (tenía hasta tenerías para abastecerse de pieles con qué encuadernar sus ediciones), dedicó el final de sus memorias, escritas apenas dos años antes de morir, a la cuestión de la continuidad, de la que se mostraba erróneamente convencido. Bruguera, otro imperio editorial de la misma época, también acabó quebrada y malvendida. Giulio Einaudi, que consideraba el secreto de su éxito haber superado tres grandes crisis, no contaba con la cuarta, que le obligó a vender. Y la lista sigue. Enfrente, unos pocos apellidos se sostienen a distinta escala inatacables por los ácidos del tiempo: Faber, Gallimard, Feltrinelli, Gustavo Gili.

Junto a la continuidad, la otra cuestión clave de una editorial es la “independencia”, concepto algo resbaladizo. Cabe cuestionar la pertinencia de una distinción tajante entre

edición independiente y grandes grupos editoriales. Es posible al menos verlo como un continuo, o aceptar que una editorial puede ser independiente encuadrada en una estructura mayor. Frente a una idea parecida, Felipe González afirma que cuando oye decir que apenas hay diferencias entre la izquierda y la derecha, sabe que está hablando con alguien de derechas. Sospecho que Jorge Herralde, adalid y autoproclamado mohicano de la edición independiente, piensa lo mismo de los editores que defienden los grupos.

El considerable problema que se le planteaba al editor catalán era garantizar la continuidad del catálogo y preservar la independencia. Los rumores de una venta a Planeta acordada años ha eran tan insistentes como los que sostenían que la editorial desaparecería al tiempo que su fundador. La primera solución garantizaba la continuidad (y un retiro dorado), la segunda entronizaba la independencia como valor inmarcesible. Por eso, el anuncio del acuerdo con Feltrinelli, sorprendente en un medio tan poco discreto como el editorial, tiene todo el sentido del mundo. Una editorial extranjera, marcadamente de

izquierdas y literaria es el mejor socio posible para un proyecto como el de Anagrama. Ya se oyen llantos y crujir de dientes por el futuro de escritores y lectores. No hagan caso, como el propio Herralde afirma, la sensación es agridulce, pero en esa búsqueda de continuidad e independencia es una decisión irreprochable.

¡Noticia bomba! es el primer libro de Anagrama que leí, un verano hace ya muchos años, mientras *Bella del Señor* aparecía en todas las conversaciones de los adultos. Desde entonces, no sé si un 20 por ciento, pero un porcentaje elevado de mis lecturas lleva una extraña “a” en el lomo. Y sí, hay erratas y traducciones mejorables y promociones desatentas y decisiones arbitrarias. Pero haber garantizado la pervivencia de esa contraseña en forma de extraña “a” es un extraordinario servicio de Jorge Herralde a la bibliodiversidad de la lengua española, y por eso debemos estarle agradecidos. —

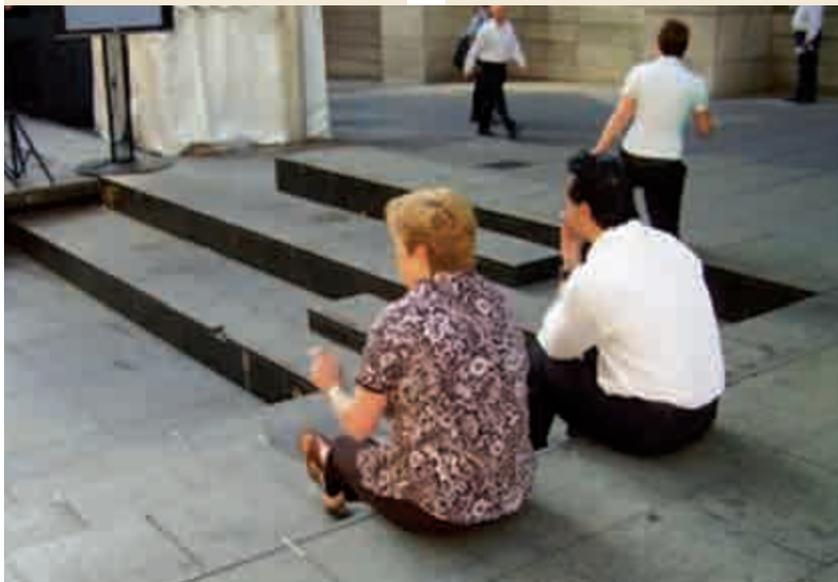
— MIGUEL AGUILAR

POLÍTICA EL HUMO Y LA LIBERTAD

El 2 de enero entró en vigor una nueva legislación sobre el tabaco que prohíbe fumar en “espacios de uso público” cerrados, al margen de que sean de titularidad pública o privada, y en lugares al aire libre en el recinto de colegios y hospitales, así como en parques infantiles. Se puede fumar en *clubs* de fumadores sin ánimo de lucro, en espacios determinados de las instituciones penitenciarias y psiquiátricas y en centros de mayores y discapacitados. Los hoteles pueden destinar hasta un 30% de sus habitaciones a los fumadores, pero los empleados no pueden entrar mientras esté el cliente. El incumplimiento de las normas se castiga con multas que van de los 30 a los 600.000 euros. Las máquinas expendedoras siguen en los bares y, por alguna razón, puede com-

prarse tabaco en lugares donde antes no se vendía.

Casi todos los españoles han discutido sobre la nueva normativa, que aprobó una amplia mayoría parlamentaria. Unos argumentan que se trata de un asunto de salud pública, destinado a reducir el consumo de tabaco —primera “causa evitable de enfermedad, invalidez y muerte prematura en el mundo”, según la OMS— y a proteger a terceras personas, especialmente a los menores de edad y a los camareros. El Ministerio de Sanidad dice que el tabaco provoca la muerte de 50.000 personas al año en España; 1.400 son fumadoras pasivas. La legislación, además, es similar a la de otros países europeos, como Reino Unido o Francia. Por otro lado, se dice que la medida persigue a los fumadores, cercena su libertad y perjudica al sector de la hostelería. El humo de los cigarrillos no es lo único que ataca nuestros pulmones. Y, si el tabaco es tan malo, ¿por qué el Estado no lo prohíbe directamente, en vez de recaudar impuestos con su venta y conceder subvenciones para su cultivo? El Estado es hipócrita, pero el argumento es algo tramposo, a no ser que se desee realmente esa interdicción. Si entre los defensores de la ley se oyen voces de exfumadores que muestran el celo de los conversos o de no fumadores que revelan sus años de sufrimientos y su regocijo ante una venganza libre de humos, entre quienes la atacan ha habido alguna frase delirante: el alcalde de Valladolid criticó que “se invite a los ciudadanos a denunciarse unos a otros” y estableció una analogía con el nazismo a través de las palabras célebres de Martin Niemöller. (Podría haber perfeccionado un poco la falacia de la *reductio ad hitlerum*, ya que el régimen nazi puso mucho empeño en combatir el tabaquismo.) El presidente de Cantabria dijo que acataría la ley, aunque la considera “talibanesca” y cree que resucita “atávicos sentimientos genéticos” tendentes a la delación. Para completar el espectro, el columnista Alfonso Ussía dijo que además



Fumadores en la calle.

era estalinista. El filólogo Francisco Rico denunció su “estolidez”, “actitud inquisitorial”, “celo puritano” y “vileza”, antes de afirmar falsamente que “en mi vida he fumado un solo cigarrillo”. Un hombre que escribió páginas brillantes sobre las estrategias narrativas de *Lazarillo de Tormes* pasó por alto la importancia de decir la verdad en un texto de no ficción.

Algunos aspectos de la nueva legislación son discutibles. Es paternalista y moralista. No limita tanto la libertad de los fumadores, que pueden fumar en muchos lugares, como la de los empresarios, que podrían querer un negocio para fumadores. Aunque el Estado regula otros aspectos de los establecimientos de uso público, podría haberse creado una fórmula para que los *clubs* de fumadores fueran verdaderos bares. La prohibición de fumar al aire libre en recintos escolares y hospitalarios y parques infantiles es exagerada y genera ambigüedades. El énfasis de la ministra de Sanidad en la figura de las denuncias ciudadanas fue desafortunado, aunque se puede denunciar el incumplimiento de otras leyes, y pensar que hacerlo es peor en este caso transmite cierto desdén hacia la ley, como si fuera menos importante que las demás. Uno de los argumen-

tos más poderosos —la salud de los camareros— tampoco parece inapelable: otros trabajos entrañan riesgos para la salud, que se compensan económicamente, y ningún empleo es obligatorio. La nueva ley endurece la normativa de 2005, que obligó a muchos establecimientos a realizar reformas para crear zonas de fumadores y no fumadores. Esa chapuza transluce un lamentable desprecio hacia la iniciativa privada.

Antes de que entrara en vigor, había una extraña expectativa: como si esa ley no fuera a respetarse y España fuese a demostrar nuevamente que es distinta. Ha habido algunos casos de insumisión, y la prensa habló de un camarero que recibió 16 puntos de sutura tras una trifulca por un cigarrillo, y de un hombre al que le cayó un trozo de cornisa cuando salió a fumar a la calle y declaró: “la ley antitabaco casi me mata”. Pero la normativa se ha respetado y se acepta en general. Se han visto algunas de sus ventajas: los bares no huelen a humo y la atmósfera de los restaurantes es más agradable, aunque, a veces, el tabaco parecía equivalente al incienso de las catedrales medievales. En otros países, se produjeron pérdidas en la hostelería, pero el sector no tardó en recuperarse.

El modelo anterior no funcionaba: si en España no fuma en torno al 70% de la población, el porcentaje de bares sin humo o con zonas separadas era mucho menor: la gran mayoría de los locales de menos de 100 metros cuadrados, que podían elegir, decidieron ser para fumadores. Y aumentó el número de consumidores.

Amartya Sen sostiene que uno elige el tabaco libremente, pero que, como es una adicción, encadena su yo futuro a una esclavitud. Muchos fumadores ven en las restricciones la ocasión de fumar menos o abandonar su adicción. Aunque —como otros fumadores que conozco— pienso en dejar de fumar la mitad de mi tiempo, prefiero renunciar a las tentaciones por mi cuenta. Pero el discurso del tabaco como placer está desapareciendo: se diría que, como escribió Simon Hoggart, mucha gente cree que “fuma porque ese es el único remedio para la angustia de no fumar”. Hace unos años, era raro que el dueño de una casa no dejara fumar a sus invitados. Ahora, me cuesta fumar en casa de alguien que no fume, aunque me invite a hacerlo. Somos más conscientes de los males que el tabaco causa a la salud y de la incomodidad y el daño que produce a los demás. Y esa actitud tiene algo moderno y urbano: los bares de las ciudades tenían menos humo que los de los pueblos.

Quizá los efectos prácticos de la ley sean mejores que sus principios teóricos. Aunque creo que debería existir un espacio más flexible para los *clubs* de fumadores y estoy en desacuerdo con varios elementos de la ley, no siento que se me prive de un derecho esencial cuando se me impide fumar en los bares. Y no me convence apelar a la libertad ni al totalitarismo para hacerlo: en primer lugar, porque creo que tengo derecho a maltratar mi cuerpo como quiera, pero no me apeetece molestar a nadie con mi humo. En segundo lugar, porque prefiero reservar toda mi energía y mi rabia para los casos en los que la libertad está verdaderamente amenazada. —

— DANIEL GASCÓN

MIGRACIÓN

LA RUTA DE SANTA TERESA

Santa Teresa es una flor carnívora en mitad del desierto. En 2666 (Anagrama, 2004), la novela de Roberto Bolaño, Santa Teresa es el agujero maldito donde tienen lugar crímenes, violaciones, suplicios y golpizas de mujeres.

Algunos dicen que si Macondo es la mítica ciudad que contó el origen de Latinoamérica, Santa Teresa es la que narra su fin. Pero no es verdad. Santa Teresa no es la ciudad del Apocalipsis, sino la del ahora; es la ciudad latinoamericana posmoderna: global, violenta y desigual.

Una de las historias que cuenta Bolaño es la de Andrea Pacheco, una jovencita de solo trece años secuestrada a la salida de la escuela. La encontraron dos días después, estrangulada. El hallazgo, dice la novela, lo hizo un migrante salvadoreño a quien, inmediatamente, acusaron de haber cometido el crimen. La policía lo remitió a un calabozo de donde salió dos semanas después con la salud quebrantada por el hambre y las “madrizas” que le propinaron.

La historia imaginaria de este migrante imaginario en un lugar imaginario no es demasiado diferente de la realidad. Las atrocidades que a diario se cometen contra los centroamericanos en México son resultado de una mezcla de machismo, xenofobia, racismo, pugnas territoriales por droga y tráfico de humanos... que empalma con las necesidades del Estado mexicano de controlar la migración irregular. Su historia es fugaz, como la de miles de centroamericanos, “pinches güeyes muertos de hambre”, como les dicen allá.

Viajan de noche, evitan los caminos transitados y se esconden en los montes expuestos a la acción de toda clase de fieras, como los Zetas y los policías municipales, estatales y patrulleros. Unos y otros forman parte de una maraña perversa en la que par-

tipican poblados enteros, verdaderos nidos de ratas.

La matanza de Tamaulipas, ocurrida en agosto de 2010, escandalizó a México. Fue una campanada. Los mexicanos se pusieron al tanto de que eventos de este tipo, en menor escala, se producen a lo largo de un extenso corredor que va de Tabasco, Chiapas, Oaxaca, Veracruz y Tijuana hasta Tamaulipas, una ruta que también es utilizada para el trasiego de armas y cocaína.

Un estudio de la Comisión Nacional de Derechos Humanos revela que en solo ocho meses de 2010 en el territorio mexicano fueron secuestrados más de 10.000 migrantes, la inmensa mayoría constituida por centroamericanos. Detrás de esa cifra hay espeluznantes dramas humanos.

Óscar Martínez, uno de los periodistas salvadoreños que mejor conoce el tema, insiste en que los secuestros de indocumentados no son nuevos, y que además continuarán. Las crónicas de su libro *Los migrantes que no importan* (Icaria, 2010) nos indicarían que Santa Teresa está por todas partes.

La violación de mujeres migrantes, una práctica que ocurre desde Tapachula hasta Sonora, ha dado origen a una leyenda fronteriza. En Mexicali existe el mito del árbol de los calzones. Se trata de un arbusto decorado con la ropa interior de las migrantes que en su intento por alcanzar Estados Unidos fueron violadas por los “bajadores”, hombres expertos en rastrear a los peregrinos en la arena. El árbol de los calzones es el emblema de ese México profundo.

Los Zetas han ampliado los significados del verbo “tablear”. En el inframundo donde ellos son reyes es el acto de arrodillar contra una pared a los migrantes que secuestran para partirlas la espalda a tablazos, mientras esperan que caigan en alguna sucursal de MoneyGram los depósitos de entre 1.500 y 5.000 dólares enviados por sus parientes como pago por el rescate.

Estas barbaridades, que pasan a todas horas, y que todos conocen, han sido silenciadas por mucho tiempo. “Lo que



Escena de 2666, adaptación de la novela de Bolaño.

ocurre es que esta gente no importa en este país”, le dijo a Martínez el cura Alejandro Solalinde, un protector de los migrantes, a quien sus mismos compatriotas quisieron quemar vivo por decir estas cosas.

No le importan a México y, la verdad, tampoco demasiado a los gobiernos de Honduras, El Salvador y Guatemala, que viven con el agua al cuello, y cuyas élites económicas rezan novenarios para que la migración no pare, mientras revisan el parte del ingreso de remesas.

La situación de los centroamericanos en México es una crisis humanitaria. Pero aunque el sufrimiento de los migrantes ha llegado a límites intolerables y su situación en materia de seguridad es cada vez peor, no hay manera de que la transmigración por México se detenga.

Hasta ahora el Estado mexicano ha mostrado incapacidad y, a menudo, falta de voluntad para afrontar este problema. Pero una cosa es cada vez más clara: la solución a esa crisis no será solo mexicana.

Unos 500.000 centroamericanos se internan cada año en esos parajes de muerte. El flujo hacia el norte, aun en esas condiciones inadmisibles, habla mucho de la desesperación que los empuja a salir del fuego de la pobreza

y la exclusión, y emprender la búsqueda de oportunidades en Estados Unidos, así tengan que peregrinar a la flor carnívora de Santa Teresa. —

— MIGUEL HUEZO MIXCO

LITERATURA LAS CLAVES DE BORGES

La gente piensa que escribí cuentos fantásticos; se equivocan, en realidad mi obra es autobiográfica, habrá que decirles muchas cosas para que comprendan y puedan leerme como yo quise escribir, solo así conocerán la realidad de mi obra.

J. L. Borges



Le condeno a ser la memoria de Borges”, fueron las palabras que el escritor argentino pronunciara en su lecho de muerte en Ginebra a su amigo Jean Pierre Bernès. Exdiplomático, profesor de Ficciones en la École Nationale Supérieure y más tarde de letras hispánicas en la universidad de la Sorbona, Jean Pierre Bernès nunca imaginaría vivir con el fantasma de Jorge Luis Borges a lo largo de su vida. Actualmente vive al suroeste de Francia, en un universo abstracto, como él mismo lo llama.

“No me bastaba con traducir a Borges, necesitaba también descifrar sus silencios y comprender la mirada de sus ojos muertos.” Bernès dedicaría buena parte de sus días a traducir las obras completas de Borges en la colección de la Pléiade de la prestigiosa editorial Gallimard. La primera edición se llevó a cabo en 1993, y posteriormente se reeditaría en 1999 y en 2010, siempre bajo la sombra amenazadora de María Kodama, la viuda de Borges —casada con él poco antes de su muerte—, que impedía que sus obras fueran publicadas. “Esta mujer me ha hecho mucho daño”, dice Bernès al mostrarme una serie de cartas y documentos legales de parte de Kodama. “He ganado todos los procesos jurídicos que esta mujer hizo en mi contra. Pero prefiero no hablar nada al respecto, ahora parece estar tranquila, no la despertemos. Además, ella no tiene ninguna importancia, hablemos de Borges”, dice Bernès en un perfecto y refinado español con acento argentino.

El parecido entre usted y Borges es sorprendente. A veces encuentro en su rostro las mismas expresiones.

Esto no se sabrá todavía, pero a mi muerte se publicarán algunos documentos sobre nuestro parentesco. Borges creía que éramos primos. Mi bisabuela había ido a Buenos Aires en 1868 para esconder a un hijo natural. En realidad, supe después que era el hijo del conde de Cassaignac, el ahijado de Victor Hugo. Se fueron con un primo médico, el doctor Armaignac, a conocer a la familia de Borges.

Yo nací en Beirut por un abuelo diplomático que se fue al Líbano a trabajar para el imperio otomano y fue asesinado por los kurdos que trabajaban para Lawrence de Arabia. Borges me decía riendo: “¡No sabía que su familia estaba ligada con las mil y una noches! Le pido una sola cosa—añadía—: sepa leer las misteriosas bifurcaciones del destino”, y repetía: “Estoy seguro que somos primos.” Él sabía que mi bisabuela, Josefa Bernès, fue durante cinco años la mejor amiga de su abuela, Fanny Haslam. Las dos eran extranjeras, una francesa, la otra

inglesa. Me di cuenta hace poco de que hemos tenido una trayectoria similar. Él se instaló en la escritura y en la lectura desde muy joven, como yo a los tres años, y ambos hemos vivido en un mundo artificial, no en un mundo cotidiano, sino fuera de la realidad.

Me nombraron agregado cultural y tuve que elegir entre Estambul y Buenos Aires. Pero como había enseñado *Ficciones* en la universidad, me pareció más interesante ir a Argentina. Mi vocación sudamericana empezó en 1868 mediante un antepasado bastante atrevido y una bisabuela pecadora. Lo que Borges hubiera llamado “las modestas repeticiones del destino”. Una amiga conocía perfectamente a Borges, porque era prima de dos hermanas a las que llamaban “las grondonas”. Festejaban el cumpleaños de la más joven de ellas con la presencia de casi todos los grandes literatos argentinos. Al final de aquella “feria literaria anual”, le ofrecí a Borges llevarlo a su casa. Antes de bajar del coche, Borges me dijo: “¡Pero qué lengua la lengua francesa, qué atrevimiento! Un autor francés es capaz de escribir *jusqu’au* para que rime con *Vasco*. Cuando usted encuentre al autor de esta rima me vendrá a ver.” Yo sabía que era Mallarmé, pero no se lo dije para tener la oportunidad de ir a verlo. Nuestro encuentro empezó con una rima.

Conocí a Bioy Casares y a Silvina Ocampo por Borges, y en casa de estos amigos extraordinarios pasamos largas tardes. ¡Era una fortaleza de libros! A esta casa un poco misteriosa yo iba dos veces por semana y comíamos los cuatro alrededor de una mesa redonda. Fueron comidas maravillosas. Cada uno recitaba un verso, y siempre se hablaba de literatura o de literatos, porque les gustaba el chisme literario. Hablaban de todos, del “peronista mundano” por ejemplo. Bueno, no diré quién era. ¡Todos tenían apodos! Borges decía de algunos escritores: “¡Ay! Escribe unos títulos espléndidos!” Y añadía: “Pero nunca vaya más allá del título. Yo no pude.” Borges contaba la visita que le hizo a Vargas Llosa en Perú. Este lo

recibió en su biblioteca. Borges, ciego, recorría despacio la biblioteca, sacaba un libro y le preguntaba a Vargas Llosa quién era el autor. Sacaba otro y preguntaba lo mismo. ¡Siempre eran libros de Vargas Llosa! Esto le causó mucha gracia. Cuando Vargas Llosa estuvo en su casa, buscó con insistencia en su biblioteca algún libro de Borges y no había ninguno. Borges siempre reía, a veces con una especie de agresividad lúdica, en sus comentarios contra un escritor o contra un género literario. En esas comidas se hablaba también de Alfonso Reyes. Borges lo admiraba mucho. Para él era una especie de modelo humano y Borges adoraba su prosa. Eran escritores que se interesaban por la forma de expresión, eran artesanos de la escritura.

¿Qué fue lo más hermoso que le haya heredado Borges?

Algo hermoso pero terrible. La última vez que nos vimos fue un día extraordinario, porque me hizo una historia breve de la literatura universal. Me daba una pequeña lista de sus escritores preferidos por país. Siempre hablábamos en francés, porque Borges decía que le gustaba hablar en la lengua de Voltaire. Las frases en español que me decía eran preguntas secretas por descifrar. Esas cosas me las decía en español. Las publicaré algún día.

“Si digo España –decía– pienso en Gracián y Quevedo, en nadie más. ¡Y sobre todo no mencione al andaluz profesional!” Se refería a Lorca, así lo bautizó, “el andaluz profesional”, no le gustaba en ningún sentido. Cuando terminó el panorama literario me dijo en francés: “*Merci pour tout, vous êtes un grand ami, vous m’avez aidé a mourir en littérature, je n’ai rien a vous léguer, mais je vous condamne à être la mémoire de Borges.*” “Pero Borges –le contesté–, si usted mismo fue la memoria de Shakespeare y ahora me condena a mí a ser una doble memoria.” Me interrumpió: “*Vous vous débrouillerez*” (“Usted se las arreglará”). Hermoso legado pero terrible responsabilidad.

Borges me decía que yo era su arqueólogo porque un día encontré unos textos inéditos que él fingía haber olvidado. Muchas veces me decía: “me resigno a la lectura pero no a la publicación”. Lo que Borges quería era entrar en la Pléiade. “Al fin me podré codear con mis amigos”: Montaigne, Dante, Shakespeare y Cervantes. Imagínese en qué nivel se situaba. Pero sin duda tenía ese nivel literario. Borges está en otra dimensión, sobre todo no veía una trayectoria literaria de una sola dimensión. Para él lo que estaba escrito antes, lo que se escribía en el momento y lo que se escribiría después era un conjunto. “Yo no escribí más que algunas líneas de aquel gran libro que lo reescribe todo”, agregaba.

En nuestras conversaciones de más de diez años, todas sus referencias eran citas literarias y a veces transformadas a su estilo. Por eso llamé mi libro: *Borges, la vie commence...*, porque “La vida empieza” es un soneto de Quevedo que Borges adoraba:

La vida empieza en lágrimas y caca,
Luego viene la mu, con mama y coco,
Síguense las viruelas, baba y moco,
Y luego llega el trompoy la matraca...

Un día, semanas antes de su muerte, estábamos en el hotel L’Arbalète en Ginebra. Borges estaba en el baño y me llamó: “¡Jean Pierre, Jean Pierre!” Y comenzó a gritar riendo: “¡La vida empieza y termina de la misma manera!” Ese era uno de sus poemas preferidos de Quevedo.

Para Borges yo representaba a Francia. Y Francia era para Borges el país de la literatura, en todo caso decía que es el país de la historia de la literatura. Como yo era agregado cultural en la embajada de Francia, me había bautizado irónicamente d’Ormesson, quien había sido embajador de Francia en la Argentina. Un día Silvina Ocampo me dijo: “Georgy –como llamaban a Borges– acaba de llamarme y me dijo: ‘este joven diplomático francés debe ser a toda costa nuestro amigo’, y así fue durante largos años. Nuestra amistad radicaba en

el hecho de que ambos fuimos siempre niños. Borges lo fue también hasta el final y yo no seré nunca viejo porque nunca he sido joven. Jamás pude tener amigos de mi edad, cuando yo tenía diez años mis amigos tenían entre 83 y 87; así que al conocer a Borges en Buenos Aires, sin darme cuenta, me encontraba a un amigo de infancia. [Bernès se levanta a buscar una foto de Borges y una carta que le escribió Victoria Ocampo. Mientras tanto me comenta desde su escritorio.] Sabe, Borges me decía: “De todas maneras ya no podemos escribir nada, todo está escrito, hay que conformarse únicamente con algunas nuevas muecas, *quelques nouvelles grimaces*.”

Para mí Borges es un conjunto, una totalidad, su obra no se puede separar. Borges me decía: “La gente piensa que escribí cuentos fantásticos; se equivocan, en realidad mi obra es autobiográfica, habrá que decirles muchas cosas para que comprendan y puedan leerme como yo lo escribí, solo así conocerán la realidad de mi obra. Yo no he escrito más que el último borrador, el lector escribirá la versión definitiva.”

Pero dígame entonces, Jean Pierre, ¿dónde está esa clave para comprenderlo como él quería, la llave que abrirá la verdadera literatura borgiana?

De momento no puedo revelarlo, no quiero problemas con la Kodama, pero pronto se sabrá. Cada uno interpreta o lee a Borges a su manera, pero una vez que salga a la luz la llave para comprender lo que él quería que se transmitiera, se leerá a Borges de una forma muy distinta. —

— MAGALI FERNÁNDEZ

CONOCIMIENTO CIENCIA Y FILOSOFÍA

¿Tiene la ciencia algo que decir sobre materias clásicas de la filosofía como la felicidad, la justicia o la belleza? Parece ser que sí, y mucho. Durante noviembre pasado, se desarrollaron en Tarragona

unas jornadas organizadas por Tercera Cultura (<http://www.terceracultura.net/tc/>) donde se analizaron bajo este prisma la belleza, la verdad, la felicidad, la libertad, la justicia y la verdad. Sobre la belleza y el arte, desde un punto de vista evolucionista, existen trabajos influyentes que señalan su papel central en la adaptación del hombre y a la facultad estética como un componente psicológico básico en cada ser humano. Han habido importantes aportaciones a esta fecunda línea de investigación que van desde las propuestas del recién fallecido fundador de *Arts & Letters Daily*, Denis Dutton, a las de Ellen Dissanayake desde la investigación antropológica. Los puntos de vista son variados: un más que posible papel en la selección sexual, el considerar las artes como subproductos de otras adaptaciones, como el afán por el estatus, por ejemplo, etc. Francisco Mora, reputado neurólogo que se responsabilizó del tema en las jornadas, habló sobre la capacidad de abstracción como una habilidad fundamental para nuestra supervivencia y del placer como motor de la existencia humana.

Las dotes del ser humano y de algunos primates para comprender en los demás el principio de “agencia” o de “teoría de la mente” —es decir, de conocer que el otro tiene intenciones y que podemos adivinarlas— es uno de los pasos más importantes que se dan en el camino de la hominización. A partir de aquí el homínido será capaz de transmitir una información veraz o utilizará las armas del engaño, cuestión que, para algunos científicos, es fundamental para definir estrategias plenamente humanas. Tanto Frans de Waal como Jane Goodall han hablado ampliamente sobre la verdad y el engaño en los monos superiores. En lo que están todos de acuerdo es en que decir la verdad es vital para generar confianza en las relaciones humanas, particularmente en las conductas cooperativas y su valor de supervivencia. El filósofo Jesús Mosterín desarrolló su conferencia sobre la verdad apoyándose en razonamientos lógicos y filosóficos.



Marcel Proust: ¿descubridor de neuroconexiones?

La felicidad es un tema de la filosofía que se hunde en la noche de los tiempos. Pero fue Darwin quien le dio una mirada totalmente nueva que ha creado un fecundísimo campo de investigación. El paleontólogo Jordi Agustí habló de la felicidad como ausencia de dolor y de miedo. Introdujo un tercer concepto exclusivo de los seres humanos: la conciencia de la muerte. ¿Qué podemos hacer ante esta certeza? En cierto modo, junto con el dolor y el miedo, puede ser una herramienta que incorporemos a nuestra capacidad de supervivencia.

La libertad estuvo a cargo del psiquiatra Adolf Tobeña, quien la trató como otra de las experiencias humanas fundamentales también abordables desde el análisis científico. La cuestión del libre albedrío es candente entre neurofilósofos, psicólogos evolucionistas y neurocientíficos en general. Algunos investigadores, como Paul y Patricia Churchland, rechazan que el ser humano disponga de esta capacidad y creen que es un mito. También ha sido determinante el famoso experimento de Benjamin Libet en el que se demostraba que los procesos inconscientes en el cerebro son el iniciador

verdadero de los actos de la volición. Sin embargo, Tobeña habló de grados de libertad al hacer referencia a una autonomía transitoria y constreñida, o libertad al uso, que se produce puntualmente al elegir nuestro cerebro entre un conjunto de predicciones. Arcadi Navarro, biólogo evolucionista, trató el concepto de justicia desde la realidad de una serie de experimentos basados en la teoría de los juegos. Estos juegos están diseñados para medir conductas humanas como el altruismo, la capacidad redistributiva o la colaboración en grupo. Nos mostró cómo los primates y los niños pequeños son capaces de hilar bastante fino sobre conductas justas e injustas y que tienen un sentido del *fair play* que es innato. La filósofa Paula Casal, vicepresidenta del Proyecto Gran Simio, trató el concepto del bien como una cualidad compartida con otros mamíferos en la que la maternidad ocupa un espacio central y esencial en el desarrollo de la civilización humana.

Según se desprende de las jornadas, no solo los ponentes aseguran que la ciencia tiene instrumentos para tratar de forma eficaz estos temas tan queridos por la filosofía y por estetas y pensadores de todos los tiempos, sino que están convencidos de que gracias a sus avances se está produciendo una revolución en el conocimiento de sus motivaciones profundas que les da una dimensión de consecuencias extraordinarias. Arcadi Navarro discutió la figura del científico social clásico al que considera más un creador artístico, una persona que establece una construcción teórica a partir de sus propios prejuicios dando forma a ideologías o religiones, que alguien con capacidad para arrojar verdadera luz a cuestiones que están vinculadas a una naturaleza humana susceptible de conocimiento experimental. Se sabe ya que existen conductas protomorales, protoestéticas o de intuición del carácter inapreciable de la muerte en mamíferos que van desde los elefantes, pasando por los monos superiores y llegando a los homínidos pasados y presentes.

Desde este punto de vista, la justicia, por ejemplo, ya no parece ser una cualidad que pertenece solo al universo humano, sino que forma parte de una cadena de adaptaciones y conductas que se hunden en el pasado.

Adolf Tobeña, en un artículo publicado en la revista *Mètode*, celebra el fértil campo de investigación que las teorías evolucionistas abren a la filosofía y a las artes y señala cómo esto crea tanto fascinación como rechazo en el público cultivado. Algunos ensayistas de nueva hornada como Jonah Lehrer, autor de *Proust Was a Neuroscientist* (2007), editado este año en español por Paidós como *Proust y la neurociencia*, explotan con gran éxito esta polémica hasta el extremo de afirmar que un novelista como Proust ya descubrió en su día las conexiones neurológicas entre sabores y memoria. “Cuando los neurocientíficos intentan diseccionar nuestros recuerdos para referirse a ellos como a una pandilla de moléculas que trabajan en lugares y circuitos del cerebro, no se dan cuenta que tan sólo resiguen las huellas dejadas por un novelista enfermizo, recluso y meticuloso.”, dice rizando el rizo en un poco riguroso ejercicio de lo que en inglés se llama *bindsight bias* y que se puede traducir como la inclinación a ver los eventos ocurridos como más predecibles de lo que fueron antes de suceder.

Según Tobeña, para Lehrer “la orgullosa neurociencia no habría hecho sino confirmar, de manera grosera y limitada, las hondas intuiciones de estos artistas”. Este tipo de reacciones también se dieron entre la asistencia de las jornadas de Tarragona. En el turno de preguntas de la ponencia de Jordi Agustí, alguien muy airado del público preguntó desafiante al paleontólogo cuál, según él, era la relación entre la felicidad y la termodinámica. Esas fueron más o menos sus palabras. Agustí hizo bien en responder simplemente que no era físico. Pero igualmente podría haberle respondido que las ideas y las emociones son producidas por el cerebro, con su cableado

neuronal, sus neurotransmisores y sus hormonas. Que estos son productos de reacciones químicas que se basan en leyes físicas y que ahí entraría su termodinámica de marras. Posiblemente la idea de Tercera Cultura moleste tanto a una izquierda como a una derecha preocupadas ambas por su propia concepción de la “transcendencia”. El mismo Lehrer aboga por una “cuarta cultura”: la de la fusión íntima entre el arte y la ciencia en “la verdadera frontera investigadora”. Sin embargo, la brecha que durante miles de años dividía los sucesos físicos por un lado, y el significado, los contenidos, las ideas, las razones y las intenciones por otro, y que parecía partir el universo en dos, posiblemente se vaya a cerrar. El razonamiento, la inteligencia, la imaginación y la creatividad son formas de procesamiento de información, y eso es un proceso físico susceptible de conocimiento científico. Como dice Tobeña en su artículo, no compartimos que la aventura científica a la hora de afrontar preguntas decisivas sea según Lehrer “el callejón sin salida reduccionista”. Como augura Richard Dawkins en *La tabla rasa* (2002), “las nuevas ciencias de la naturaleza humana pueden encabezar la marcha hacia un humanismo realista e informado biológicamente”. Parece un magnífico panorama. —

— M^a TERESA GIMÉNEZ BARBAT

PALEONTOLOGÍA

“LOS NEANDERTALES NO ERAN MONSTRUOS SINO SERES HUMANOS CABALES”

Entrevista con Gerd-Christian Weniger

El arqueólogo alemán Gerd-Christian Weniger es uno de los especialistas más reconocidos en el hombre de Neandertal. Es profesor extraordinario en la Universidad de Colonia y director del Museo de Neandertal en Mettmann.

Usted es un conocido crítico del llamado modelo de dos especies y alguna vez escribió que “existe solo una remota probabilidad de que el *Homo sapiens neanderthalensis* y el *Homo sapiens sapiens* puedan ser vistas como dos especies biológicamente distintas”. Ahora, el equipo de Svante Pääbo ha descubierto que entre el 1 y el 4% del genoma humano proviene de los neandertales. ¿Representa eso la prueba definitiva de que ambas formas de *Homo sapiens* pertenecen a la misma especie?

Sí. Me siento plenamente confirmado. Lo decisivo es que evidentemente se aparearon, y de forma fructífera. Es decir, que pudieron engendrar descendientes, y de acuerdo a la definición biológica, no pueden pertenecer a especies distintas.

¿Y cómo debemos imaginárnoslo? Los neandertales eran más bajos, de piel más clara y mucho más musculosos. Algunos afirman, incluso, que eran pelirrojos. Siendo tan diferentes, ¿cómo pudo surgir una atracción entre ambos?

Yo creo que a esa visión le subyace un error, a saber, que los neandertales eran fenotípicamente hartamente distintos de los hombres modernos. Si observamos al hombre anatómicamente moderno de la Edad de Hielo, el cual vivió hace aproximadamente 40.000 años, comprobamos que no era mucho más alto que los neandertales. En su morfología, en las expresiones de su fenotipo, apenas se diferenciaban de ellos. Los neandertales no eran extraterrestres, no eran monstruos, sino seres humanos cabales. Si observamos las diferencias que hay entre las diversas etnias que pueblan actualmente la Tierra, sea un bosquimano, un nubio o un aborígen australiano, corroboramos que entre ellos existen enormes diferencias morfológicas, y, sin embargo, todos son seres humanos. Y si colocáramos al neandertal en una fila junto a los otros, de ningún modo llamaría la atención. También él sería un ser humano íntegro. Y tampoco debemos olvidar que la morfología

representa solo una parte de nuestra imagen. Más importante para nosotros son, hoy por hoy, las características culturales: ¿De qué forma voy peinado? ¿Quizás voy tocado con un sombrero inusual? ¿Estoy tatuado? Todas esas son cosas que resultan más importantes que la forma del rostro en la percepción del otro.

¿Cree que los apareamientos entre hombres y neandertales sucedieron de forma esporádica o existía una suerte de estructura ritualizada?

Debemos recordar que estamos hablando de cazadores y recolectores, no de agricultores y ganaderos. Los cazadores y recolectores son comunidades altamente móviles. Son siempre grupos muy pequeños, de entre veinte y treinta miembros, que, en parte como grupo completo, en parte como parte de un grupo mayor, recorren los parajes. Y esos grupos encuentran sus *partenaires* sexuales en otros grupos, no en el suyo propio. Es un principio propio de las sociedades de cazadores y recolectores que los distintos grupos se encuentren una y otra vez en el transcurso del año, la mayoría de las veces con motivo de acontecimientos de caza exitosos, tras cazas comunes, por ejemplo. Y en tales encuentros se buscan *partenaires* sexuales, los cuales, por regla general, son incorporados al grupo para asegurar su existencia. Y justo en ocasión de tales encuentros se produjeron los procesos de intercambio sexual entre neandertales y hombres anatómicamente modernos.

¿Significa eso que también ellos cooperaron? ¿Cazaban juntos? ¿Celebraban juntos?

No lo sabemos. Pero lo que sí sabemos es que las zonas de contacto, en Oriente Cercano, fueron ocupadas por formas de vida similares, y que los vestigios culturales no permiten reconocer diferencias entre ellas. Ahí pudieron, entonces, encontrarse y llevar a cabo esos procesos de elección de pareja. En fin, algo totalmente carente de espectacularidad que, en el ritmo de vida normal, formaba parte

de la cotidianidad de esos cazadores y recolectores. Por supuesto que había diferencias en la lengua y la indumentaria, pero se trata de factores con los que los cazadores y recolectores tienen siempre que vérselas. No tenía nada de inusual ni era nada nuevo.

Lo cierto es que cuando el hombre moderno llegó a Oriente Cercano, entre 80 y 50 mil años antes de nuestra era, los neandertales ya se habían asentado exitosamente en esa región. ¿Cómo fueron recibidos los nuevos vecinos?

Lo decisivo, creo yo, es que los datos genéticos de Pääbo sugieren que ese contacto se produjo exclusivamente en Oriente Cercano y que, aparentemente, más tarde, en Europa, no se produjeron más apareamientos. Eso coincide con nuestras concepciones arqueológicas, según las cuales los neandertales en Europa, debido a abruptos cambios climáticos, se habían extinguido antes de que el hombre anatómicamente moderno emigrara a ese continente. Es decir, que en Europa, tanto oriental como occidental, no existió ninguna posibilidad de contacto, o solamente una mínima, entre los neandertales y el hombre anatómicamente moderno. Tal es el escenario demográfico con el que trabajamos actualmente y para el cual creemos hallar fuertes indicios en los datos arqueológicos e histórico-climáticos.

Ello se opone a la popular hipótesis del genocidio, según la cual el hombre moderno habría exterminado a los neandertales.

En efecto. Y lo fascinante es que nosotros trabajamos con la hipótesis del encuentro desde hace varios años, mucho antes de que los datos genéticos de Pääbo vinieran aparentemente a sobreponerse a nuestras hipótesis arqueológicas.

Otros investigadores afirman que hace 28.000 años todavía vivían neandertales en Gibraltar...

Así es. Existe una gran controversia en la península ibérica acerca de si realmente los neandertales vivieron



Reconstrucción de niño neandertal, de E. Daynès.

hasta tan tarde. Yo considero que esos datos son sumamente discutibles. Actualmente llevamos a cabo algunos grandes proyectos de investigación en la Península Ibérica a fin de aclarar esa cuestión, es decir, si los neandertales vivieron durante tanto tiempo en el sur de España, sin que hasta la fecha hayamos encontrado ningún indicio que corrobore la hipótesis de los cole-gas de Gibraltar.

Los datos de Pääbo demuestran también que únicamente los hombres que emigraron de África se cruzaron con los neandertales, mientras que los que permanecieron ahí, los africanos de hoy, no lo hicieron; en otras palabras: que existe una diferencia genética entre los africanos y los no africanos. ¿Resulta que, a fin de cuentas, no somos todos iguales?

¡Claro que somos todos iguales! Lo que se examina es una mínima diferencia en el genoma, la cual no nos dice nada acerca de nuestras facultades

biológicas sino, únicamente, acerca de la historia de nuestro desarrollo. Todos somos africanos, todos pertenecemos a la misma especie.

¿Qué significado tienen los neandertales para la comprensión de nuestra especie?

Cada vez que reflexionamos acerca de los neandertales, por regla general y en primer lugar, reflexionamos acerca de nosotros mismos. Siempre los hemos usado como imagen especular de nuestra existencia. Durante 150 años tratamos de adjudicarles todo aquello que deseábamos extirpar de nuestra propia imagen. Tratamos de achacarles todas las facetas difíciles y también el lado oscuro de la existencia humana, a fin de aparecer bajo una luz más favorable. Tal es la perspectiva a la que, hoy por hoy, simplemente debemos renunciar. Ahora somos realmente responsables de lo que pasa. Y ello representa naturalmente una responsabilidad respecto a nuestro futuro.

¿Y qué espera usted del futuro de su disciplina?

Nos encontramos frente al problema de que los neandertales encarnan el gran mito del hombre salvaje, lo cual representa el mayor problema de la investigación. Cuando iniciaron las investigaciones sobre la arqueología de la Edad de Hielo, los resultados científicos, lo mismo que las teorías y las técnicas, eran demasiado débiles como para imponerse a ese mito antiguo, tanto occidental como oriental. De ahí que todas las investigaciones sobre el origen de la humanidad se vieran contaminadas por ese mito que llevamos a rastras desde hace 150 años y que —no debemos olvidarlo— todavía persiste en la cabeza de muchos científicos. Y es que, en última instancia, todo depende de cuánto de divino esperan encontrar todavía en la existencia humana y cuánto de asombroso le adjudican a nuestra especie. Y cuanto mayor es ese porcentaje, tanto mayor es la probabilidad de que traten de arrojar al neandertal a un rincón tenebroso.

Pero también existe el mito del buen salvaje... Sabemos también por nuestras investigaciones que el hombre se desarrolla de forma especialmente positiva bajo determinadas condiciones, mientras que bajo otras no lo hace. Y yo creo que bajo las condiciones propias de la caza y la recolección teníamos oportunidades particularmente buenas de desarrollarnos positivamente. Porque ahí se vive en pequeños grupos que cooperan y dejan pocas huellas en el entorno. Ahí se vive mayormente en un mundo de semejantes. Apenas existen jerarquías sociales. Y esas son condiciones bajo las cuales el hombre puede vivir de forma especialmente positiva. Sin embargo, con el fin de las glaciaciones y el inicio de la agricultura y la ganadería, las jerarquías sociales tendieron a separarse. De pronto, la participación en los recursos económicos de los grupos y las comunidades se repartió de forma diferente y el acceso a ellos adquirió otra forma. Aparecieron los privilegios. Las condiciones cambiaron. Lo sorprendente es que hoy vemos cómo esas antiguas formas de vida, esos principios arcaicos que los cazadores y los recolectores siguen desde hace milenios, han vuelto a reactivarse. En nuestras constituciones, en nuestras democracias, la individualidad y la participación en procesos políticos, así como la definición de los derechos humanos, se encuentran asentadas, al menos por escrito, como ideales y metas que nosotros mismos nos hemos fijado. Esos ideales representan, en el fondo, una mirada retrospectiva a las condiciones en que vivían los cazadores y recolectores al fin de las glaciaciones. Se trata, en verdad, de una relación inaudita. Y justo ese proceso de mirar retrospectivamente, a través del cual volvemos a hacernos conscientes de nuestra propia historia, nos pone en condiciones de reconocer de dónde venimos. Yo creo que actualmente emergen relaciones sorprendentes entre el hombre moderno y los hombres de la Edad de Hielo. —

— SALOMÓN DERREZA